

Editorial

Rostros del sufrimiento en los niños

P. Silvio Marinelli Zucalli,
Director

El ser humano, dicen los antropólogos, es el mamífero que nace más «incompleto»: necesitamos años para desarrollarnos y lograr nuestra independencia y la capacidad para bastarnos a nosotros mismos. Esta «fragilidad» exige que los padres se hagan cargo de nosotros desde todos los puntos de vista. Pienso que esto también nos permite desarrollar lazos afectivos muy profundos y duraderos que no encontramos en las demás especies. Se nos educa, y nos educamos, en las relaciones, en dar y recibir amor, en buscar nuestra «integridad» y plenitud en las relaciones de interdependencia.

Siendo así de «frágiles e incompletos», somos también muy «vulnerables». Los adultos no siempre ponemos en práctica actitudes y conductas responsables: tal vez por ignorancia, por haber sido heridos nosotros mismos, por maldad, etcétera. El hecho es que la niñez, lamentablemente, muy a menudo se ve caracterizada por violencia, descuido, heridas y traumas que dejan una marca duradera de sufrimientos.

A pesar de esto, permanece en nosotros la nostalgia de nuestra niñez, como un periodo feliz de nuestra vida, caracterizado por la inocencia, la «inconsciencia» de las dinámicas, duras, y tal vez destructivas, que caracterizan la vida adulta; de «serena irresponsabilidad» frente a los compromisos laborales o sociales. Entre añoranza y recuerdos dolorosos, nuestra niñez está sujeta, en nuestra vida adulta, a fenómenos interpretativos a menudo contradictorios o ambivalentes.

Una de las experiencias duraderas es la de la enfermedad, periodo en que hemos sido «cuidados», recuerdo «placentero» de habernos sentido apoyados y de «ser importantes» a los ojos de nuestros padres; al mismo tiempo, experiencia de «desamparo», tal vez de «abandono», real o percibido como tal.

En la experiencia de enfermedad, surge la pregunta sobre el «dolor inocente»: ¿por qué? ¿qué sentido tiene? Preguntas que nos devuelven a nuestra condición de «criaturas» débiles e indefensas; preguntas sin respuesta exhaustiva, que, sin embargo, apelan a los adultos: ¿qué hacer?, ¿cómo vivir esta situación?, ¿qué actitud tomar?, ¿qué puedo aprender de esta situación?, ¿en qué me ayudan a ser mejor, más responsable?, etcétera.

Frente al sufrimiento de los niños quedan las «respuestas prácticas»: cuidar y educar (nos) en dar sentido a todo lo que nos sucede.